

AC 18 28

Hola, bienvenidos. Una noche más les damos la bienvenida al tiempo del curso de acceso, el CAT. Esta noche en nuestro programa Filosofía con el profesor Manuel Suánhez hablaremos de la afirmación de la vida o la voluntad de poder en Nietzsche.

Profesor Suánhez, ¿qué es y cómo entiende Nietzsche la voluntad de poder? ¿Qué es la voluntad de poder? La voluntad de poder yo creo que es fundamentalmente una afirmación de la vida en toda su complejidad y Nietzsche la hace frente a un nihilismo que él cree que ha azotado y sigue azotando a Europa durante estos dos últimos siglos y lo que le quede en el sentido de una especie de ruina de todos los valores que ha habido hasta ahora. Entonces diríamos que la afirmación de la voluntad es como una especie de remedio contra ese nihilismo amenazador. Es como una especie de sentido de plenitud, una sensación de poder en que la fuerza se condensa y luego se descarga.

Él entiende que esta afirmación de la vida como voluntad de poder se da fundamentalmente en el Mediterráneo frente al, diríamos, al norte de donde él procede. El Mediterráneo es luz, es fuerza, es vida, sin embargo el norte es más bien introspección, nieblas, etcétera. La afirmación de la voluntad fundamentalmente es decir sí al mundo tal como es.

Es decir, bendecir las cosas como él como dice él, tal como son. Decir sí a la existencia con todo lo que ésta conlleva. En el fondo todo está bien hecho.

Curiosamente coincide aquí Nietzsche con el con el capítulo del Génesis en que después de la creación dice que Yahvé vio que todo estaba bien hecho. Es decir, afirmar el mundo tal cual es como algo bueno en el que nosotros tenemos algo que decir. Quizá el momento culmen de esta afirmación de la vida sea Zarathustra como expresión de esa voluntad de vida tal como es fuerte, caprichosa.

La voluntad de poder es siempre constructiva o puede llevar alguna vez a la destrucción, a la guerra. Pues sí, la vida no es solamente, diríamos, algo positivo que llene, diríamos, un estado optimista en el que vivimos de vez en cuando todos, sino que la vida fundamentalmente lleva consigo también un aspecto negativo, no diría dialéctico, pero la vida es esencialmente dura, es esencialmente peligrosa y Nietzsche conoce muy bien esto y lo hace frente. La vida es lucha y la victoria sólo llega después de un laborioso esfuerzo.

Zarathustra, como diríamos expresión de esa plenitud de la vida, llega a ella, esa plenitud, después de una terrible soledad y de un desconocimiento de esa riqueza que él vive. El hombre que se enfrenta a la vida y que la quiere vivir se hace rico, pero curiosamente nadie lo conoce o es, diríamos, alejado. Tiene que vivir en una soledad y en un desconocimiento y esto es duro.

Nietzsche llega a decir que lo que más siente es que la gente no pueda participar de esos banquetes y de esas riquezas que él tiene. Nadie las puede conocer nada más que él mismo y eso es una terrible soledad. Además, el hombre que afirma la vida tiene que soportar el rencor

de aquellos que no la aman y eso también conlleva un sufrimiento, un sufrimiento que en la medida en que esa vida es más plena resulta que, diríamos, que los demás la rechazan en una mayor medida.

Además, por otro lado, este dolor es esencial a la vida, si no la vida sería, diríamos que en términos freudianos, sería sólo la afirmación del placer. Dice Nietzsche, abundando en esta idea, que el hombre vital vive como en un clima de desierto. El clima del desierto es un aire fuerte, es un aire puro, exige fortaleza y así debe ser el hombre vital.

No dejarse cegar por el placer inmediato, sino que debe tener la mira muy alta y por consiguiente apuntar alto, lo cual exige, diríamos, mucho sacrificio. Y un último punto en este sentido es el sentido de la guerra que a Nietzsche se le ha malinterpretado en este sentido. Se ha creído ver el Nietzsche como un como un afirmador de la guerra en el sentido de la fuerza bruta que ésta conlleva así.

No, no, cuando en Nietzsche ciertamente hay parajes en que puede dar la impresión de que Nietzsche aboga por la guerra, Nietzsche lo que quiere afirmar es que la guerra es un impulso frente a la decadencia. Que el hombre guerrero, que él lo tenía muy bien tomado de la tragedia antigua, es un hombre fuerte, simple, valiente, no es un bruto. La guerra en un sentido podría liberar mejores fuerzas, pero la afirmación de la guerra como una manifestación de fuerza bruta es algo que Nietzsche negaría de manera radical.

¿Y la voluntad de poder es algo fisiológico o es una fuerza de tipo psicológico y moral? La voluntad de poder sí tiene un factor fisiológico, no cabe duda, y esto no tiene tampoco por qué extrañarnos. Es decir, nuestras pasiones, nuestros impulsos, unificados por la voluntad, son en el fondo, son en el fondo, diríamos, el núcleo de nuestra voluntad de poder. Somos seres biológicos, también por supuesto seres espirituales, pero naturalmente la voluntad de poder arraiga en nuestra biología.

¿Qué es desde ese punto de vista la voluntad de poder? Afán de expansión, que la vemos en todas las manifestaciones vitales. El árbol, el pez grande se come al chico, el árbol grande hace secar la hierba bajo sus pies, lo vemos esto muy claramente. Pero desde el punto de vista vital, este cúmulo de pasiones que son el núcleo de la voluntad de poder, lo que expresan es, diríamos, como una concentración de fuerza.

Cuando nosotros decimos que tenemos un pensamiento intenso o que tomamos una deliberación, esto, dice Nietzsche, son órdenes repentinas de fuerza. Todos los fines, todas las metas, todas las intenciones que nos proponemos, son modos de expresión de esa voluntad de poder. Incluso la misma capacidad del intelecto de penetración es también una manifestación de esa voluntad de poder, como lo es el juzgar y como lo es cualquier actividad nuestra intelectual.

De modo que en este sentido, la paralización de las pasiones sería una verdadera enfermedad contra la vida. Por eso él va, diríamos, a criticar tanto aquellas filosofías y religiones que han

denigrado las pasiones como si fueran algo natural, algo malo desde el punto de vista natural. Nuestras relaciones altruistas y amorosas son también manifestación de la voluntad de poder como extensión de nuestra fuerza.

Allí donde hay un ser vivo, allí hay, dice él, manifestación de la voluntad de poder como extensión de la vida. Y en último término también, la búsqueda del placer no es el objetivo último de la voluntad, como ya he indicado hace un momento. No, no, la voluntad lo que quiere no es placer, sino que es extensión de su poder.

Somos expansivos, como he dicho antes en esos ejemplos que he puesto. ¿Por qué combaten los árboles de la selva? Por la felicidad, dice él, o no, no, por el dominio. Entonces la voluntad de poder se puede manifestar en un ámbito tan espiritual como el estético.

La voluntad de poder no solamente afecta a la esfera biológica, como hemos dicho hace un poco, sino que la voluntad de poder se manifiesta también en las mayores elaboraciones de la cultura y del espíritu que el hombre ha hecho también. Pero ¿cómo puede ser que una elaboración espiritual y cultural sea manifestación de la voluntad de poder? Pues Nietzsche lo ve esto también con bastante claridad. El hombre, desde el punto de vista cultural, lo que hace es transfigurar las cosas, transformarlas, embellecerlas, darlas plenitud.

Pues bien, para llegar a ese estado el hombre necesita, diríamos, como una potenciación de su voluntad. Un artista, un genio, no pueden llegar a expresar un valor, a expresar una obra de arte, sino tienen una profunda concentración de voluntad de poder, dice él. Nietzsche analiza un poco despacio la sexualidad, el sentimiento místico y el sentimiento estético.

Quizá en estos tres estados se manifieste de manera especial, y es necesario como un estado de vigor físico y psíquico para poder llegar a ellos. Un hombre frío, un hombre agotado, no puede percibir el arte, pues éste ensancha el sentimiento de poder. Al fin y al desde ese enriquecimiento interno que él tiene, y eso es una relación con el sentimiento vital de la voluntad de poder.

Ver el mundo perfecto como lo ve el artista es propio, dice Nietzsche, de un sistema cerebral cargado de fuerza. El arte, por consiguiente, es perfeccionamiento, afirmación y bendición de la existencia desde esa plenitud que acabo de decir. Ahora bien, la belleza no es algo innato, sino que es algo adquirido.

Podría a lo mejor pensarse, pues que un artista o un genio es algo que nace, que no exige esfuerzo y que es una especie de don gratuito de la naturaleza que a uno le ha caído en suerte y a otro no, no, no, no. Todo hombre, diríamos, en determinadas circunstancias y con un trabajo metodológicamente seguido durante mucho tiempo, puede, como no, llegar a ser artista o llegar a ser genio, porque lleva en sí la semilla. Lo que hace falta es que esa semilla sea cultivada.

¿Cómo se cultiva? Hay el trabajo, la dedicación, el estar vinculado con ese vínculo que no se

rompe nunca hacia un valor que nos atrae, el adquirir y el estar abierto a la propia experiencia, a la experiencia ajena. Todo eso, diríamos, requiere un tiempo y una paciencia enormes. Lo más normal es, diríamos, no estar como atenazados por una experiencia así, pero el que quiere hacer algo en serio, llegar, diríamos, a un estado de estos que está describiendo Nietzsche, no tiene más remedio que utilizar ese camino.

Él habla al principio en sus obras que, por ejemplo, se debe cultivar muchísimo en la enseñanza primaria y en la enseñanza media, la lectura de los clásicos, el aprender bien los autores de la propia lengua materna, como preparación a lo que será luego una, diríamos, un trabajo mucho más propio. Y, normalmente, dice él que los estudiantes se creen maduros para hacer obras genuinas u obras geniales, vamos, originales, y no es ciertamente así. Para eso se necesita mucho tiempo, mucho estar bajo maestros, bien maestros físicos o bien maestros internos, es decir, autores de otras épocas con los que hemos empatizado por medio de la lectura, por medio del pensamiento de sus obras, etcétera, etcétera.

Esto es el verdadero camino para llegar, diríamos, a la experiencia artística o a la genialidad o, en definitiva, a una experiencia plenificante, como aquí está escribiendo Nietzsche. Y, también, otra cosa que quería apuntar en este sentido es que, para llegar a ver la belleza en la plenitud que la describe Nietzsche, en parte lo he insinuado antes, pero es evidente que no pueden primar los intereses del lucro, ni los hábitos mecánicos que lo empobrecen a uno, ni la pereza, sino que las cosas, como he dicho, tienen un costo, y este costo es un costo en tiempo, en dedicación, en estar profundamente vinculado, interesado a ese valor estético o científico o el que sea, y eso, naturalmente, cuesta mucho y hay que negarlo a otras cosas. ¿Y qué dicen la religión y la filosofía sobre la voluntad de poder? Nietzsche libra aquí una batalla muy importante, que no es cuestión de describirla enteramente, pero que, realmente, caracteriza la obra suya.

Él tiene a la religión y a la filosofía como detractoras de la vida por aquellas morales y por aquellos sistemas que lo que han hecho ha sido desvincular al hombre de la propia vida, de las propias pasiones y demás. En primer lugar, casi muchas filosofías, y ciertamente muchas religiones, han fomentado desde Nietzsche el pesimismo respecto a la sensualidad. En general, a la sensualidad y a todo aquello, a las pasiones, a los impulsos y demás.

Entonces, esto es un signo de empobrecimiento para Nietzsche. Pensar que las pasiones son una fuerza negativa, es, ya diríamos, hacer enfermar al hombre. Desde luego, Nietzsche entiende muy claro que las pasiones son una fuerza neutra.

Con las mismas pasiones, un hombre puede hacer maravillas artísticas, científicas, y otro puede llegar al completo hundimiento. Es decir, que depende de cómo se orienten estas pasiones. Lo que Nietzsche dirá es que las pasiones no deben reprimirse.

Que esto es lo que dice, ciertamente, la moral proveniente del cristianismo y algunas filosofías. Él está pensando, yo creo que fundamentalmente, en Sócrates y Platón, y en todos los filósofos que han postulado, pues, mundos celestes renegando, como dice él, del mundo terrestre. Lo

lógico sería hacer de esas pasiones como una fuerza que nos han de llevar, que nos han de ayudar, a algún ideal que nos hemos propuesto.

Y entonces, la pasión, más bien, es una ayuda. Se funde con el propio yo para llegar ahí. Y no algo que nos haga, diríamos, que tengamos que luchar, que emplear toda nuestra fuerza física y psíquica contra ellas.

Él pone el famoso ejemplo de un león que en la selva está lleno de agresividad, lleno de vida, con una gran garra. Y a este león le metemos en una jaula y hacemos de él, pues, un animal pobre, quieto, una lástima. Pues esto es lo que él dice que, en parte, las filosofías y las religiones han querido hacer con el hombre.

No todas, desde luego, pero la mayoría de ellas. Él está fundamentalmente pensando en el cristianismo, ciertamente, también en el budismo y en filosofías, como he dicho antes, pues, en todas las filosofías que han postulado, como he dicho, un mundo celeste que elimina lo sensible como paso previo para llegar a él. Además, dirá él que el amor a las pasiones es un síntoma de debilidad.

Hay que aceptarnos como somos, con nuestras pasiones, y eso es signo, diríamos, de seguridad en sí mismo. Hay que aceptarse como es y no tenerse miedo. La pasión lo que necesita no es la represión, sino el cultivo, el dominio.

Podemos hacer con las pasiones, pues, eso, como un jardín lleno de flores, como antes he citado. Por consiguiente, no hay que escandalizarse, ni mucho menos, de nuestras pasiones, sino verlas en su originalidad y, además, ver que ellas son las que dan color a la vida, como el amor, la avidez, etcétera. Y esto, el desprecio de las pasiones, ya lo he insinuado, está en el contexto de haber despreciado el mundo sensible, es decir, haber despreciado el mundo inmediato, el que tenemos delante.

Los hombres que se han preocupado, dice él, de mundos ulteriores, pues han despreciado las cosas sencillas, como es la comida, el vestido, el recreo, etcétera. Y estas son cosas importantes, porque, no cabe duda, nuestro Soma, nuestro cuerpo, exige un cultivo que debe ir armónicamente enlazado a nuestro espíritu para poder llegar a hacer algo. Además, este tipo de religiones y de filosofías lo que ha llevado es a hacer al hombre, dice él, por la propia salvación.

El propio Sócrates estaba ya, diríamos, con este tema y con la inmortalidad del alma dándole vueltas continuamente. No digamos nada del cristianismo, según él. Pues bien, esto es algo que va en sentido contrario al impulso de la vida, que es dar, que es salir, que es expresar, que es extenderse, que es expandirse, etcétera, etcétera.

Querer conservarse a sí mismo, más bien es un rasgo de pobreza vital para Nietzsche. Lo propio del ser vivo, como he dicho hace un momento, es dar, no es conservarse. El instinto de conservación creo que es inferior al instinto, no sé si decir de rebaño, pero al instinto que nos

lleva a estar con otros.

Y entonces eso quiere decir que el instinto de estar con otros es mucho más vital que el instinto de la propia conservación. Querer conservarse a sí mismo es un estado de miseria. Además, esa moral que enseñan estas religiones y filosofías, una moral de solo sacrificio en sí mismo, dice él que es una afirmación invertida de la voluntad de poder.

El sacrificio por el sacrificio no tiene sentido. De todas las maneras, claro, la persona que se sacrifica para Nietzsche puede, mediante esa especie de camino inverso, afirmar la voluntad de poder. También se puede uno afirmar su voluntad por métodos negativos, como es la renuncia, como es una huelga de hambre, etcétera.

Pero esos no son los verdaderos métodos de afirmación de la vida, dirá Nietzsche. Esto en el fondo, lo que hay debajo de todo esto, dirá él que es un disgusto por la existencia, tal y como insinuó antes, y que ciertamente, por ejemplo, la religión bramánica y budista han plasmado muy mucho. Ciertamente luego Sócrates y Platón, y más adelante el cristianismo, han hecho lo mismo postulando una existencia en el más allá, pero a costa de denigrar esta en la que aquí estamos.

En filosofía es muy frecuente decir que el mundo es engañoso, que es un fenómeno que oculta la realidad. Bien, esto, dice Nietzsche, pues es una proyección del propio sentimiento frustrado de poderío. El hombre, diríamos, con una voluntad sana y una voluntad expansiva, no diría eso, no se siente engañado.

Afirma la vida, le gusta la vida como es, está bien, la ve bien como es, y no hay por qué pedir más que lo que la vida da. Y el bien verdadero es el bien que estimula la vida, no el que la niega. Y es evidente que el valor de la vida es indiscutible para él, pues porque es justamente en la vida donde se hacen las otras escalas para ver los restantes valores.

La vida para él es el valor primario, no solamente el primario, sino el determinante de los demás, por eso es indiscutible. De ahí que un hombre o un ser vivo que no quiera vivir es un verdadero, es una verdadera contradicción, es una auténtica vergüenza, dirá él. Bien, incluso lo que estas religiones de tipo ascético y o estas filosofías de corte trascendente, lo que han hecho al pensar que nosotros podemos llegar a tener confianza, tener confianza en el sacrificio, en las cesis, etcétera, como forma de llegar a una vida mejor, repito que es una forma invertida de la voluntad de poder.

Es decir, como no se es capaz de afirmar la vida en su plenitud y haciendo cosas positivas, entonces lo que se hace eso es invertir el método y hacer de lo que es negación de la vida afirmación de voluntad de poder. Por consiguiente, hay que restaurar la naturaleza humana, dice Nietzsche, hay que decir sí a lo que fortalece y no a lo que debilita. Es decir, tenemos que reconquistar el suelo bajo los pies, no hay otro modo.

Es un poco aquí la rebelión que él plasma frente a esa moral que él ve unilateralmente como la

moral que ha sido esencialmente negadora, es decir, la moral occidental que se ha fijado sobre todo en las cesis, en el sacrificio, etcétera, y que entonces lo que ha hecho ha sido denigrar el poder, la vida misma. Lo que hace falta es comprometernos aquí, en el aquí y en el ahora, en esta vida que tenemos, que es la única que tenemos y que es la que cuenta. Lo demás es fugar la propia fuerza hacia otros derroteros.

Por consiguiente, la afirmación final de Nietzsche que creo que le resume es, el devenir es inocente, la vida es buena, digamos sí definitivamente a la vida. Esta noche en filosofía hemos hablado de Nietzsche, la voluntad de poder, y ya debemos despedir el curso de acceso hasta mañana. Gracias por su atención y muy buenas noches.

Y hasta aquí la programación de la UNED. Les esperamos de nuevo mañana jueves a las cero horas. Nuestro primer espacio será psicología hoy.

Continuaremos con revista de educación. Después el programa de enseñanza abierta y por último el curso de acceso. Una noche más les agradecemos su compañía.

Que descansen.